

está bastante mal, y el médico dice que se va a morir, y por eso no os puede dar el resto»; puso sobre la mesa cuatro peniques, y en seguida se puso a sollozar el pobre niño. Dile de comer al hombrecito—prosigue refiriendo el caballero—, y después me fui con él a ver a Sandie.

»Me encontré que los dos pobrecillos vivían con una maestra miserable y borracha, habiendo muerto sus padres. Encontré al pobre Sandie tirado sobre un haz de virutas; me reconocí conforme entré, y dijo: «Tenía el cambio, señor, y regresaba; y entonces me arrojó contra el suelo el caballo, y mis dos piernas están quebradas. Y ¡Roberto, Robertito! ¡Estoy seguro que me estoy muriendo! ¿y quién te va a cuidar, Roberto, cuando haya muerto yo? ¿Qué vas a hacer, Roberto?» Así entonces la mano del pequeño paciente y le dijo que siempre cuidaría de Roberto. Me comprendió y a penas tuvo fuerza para mirarme como si quisiera darme las gracias; luego se apagó la mirada de sus azules ojos y un instante después

He lay within the light of God,  
Like a babe upon the breast;  
Where the wicked cease from troubling,  
And the weary are at rest (1).

La simpatía exalta a la humanidad. Es sinónimo de amor. Sale al encuentro de las necesidades de los afligidos y oprimidos. Doquiera que haya crueldad, o ignorancia, o miseria, extiende la simpatía su mano para proporcionar consuelo y alivio. La vista del pesar, el sonido de un quejido, se apoderan de un ánimo simpatizador y no lo dejan. En la simpatía y en la justicia han tenido origen algunos de los acontecimientos más grandes de los tiempos modernos. ¿Necesitamos mencionar la abolición de la esclavitud en Inglaterra, en América y en Francia; la educación de los ignorantes; la difusión de las escuelas dominicales; los esfuerzos para la propagación de la templanza; la elevación de las clases oprimidas, por la que tanto interés se toman los hombres y mujeres de las mejores clases?

Hay lugar para la ayuda simpatizadora de todos. El que ama a Dios ama a sus semejantes—pobres o ricos—y no puede dejar de ser justo, leal y misericordioso. «El hombre justo —dijo Massillon— está más arriba del mundo, y es superior a todos los acontecimientos. Todas las criaturas están sometidas a él, y él solamente está sometido a Dios.» Cuidar a los enfermos, visitar a la viuda y al huérfano en sus aflicciones, realizar o contribuir a las obras de beneficencia, ayudar a los pobres, todo esto necesita actividad, misericordia y amor.

(1) Se hallaba en la luz de Dios cual una criatura sobre el seno; donde el perverso cesa de causar mal y los fatigados reposan. (*La vida presente y Naturalza y vida* sermones por Roberto Collyer, pastor de la Iglesia Unida, Chicago.)

Decid lo que os plazca—dice el doctor Martineau—de los fracasos y errores del entusiasmo cristiano; ningún celo que consideréis el más racional, ha hecho ni la mitad que él por la humanidad doliente. Cuando ha errado sus propios fines, ha logrado otros a los cuales jamás se hubiera dirigido ningún otro celo más frío. Si no hubiese sido por la Iglesia, ¿dónde habría estado la escuela de la cristiandad? Si no hubiera sido por el ejército de misioneros, acosado y vencido como lo ha sido con frecuencia, ¿dónde estarían las fronteras de la civilización que avanzan y que están sometiendo a la barbarie del mundo? Si no hubiera sido por la reverencia que experimenta por las almas de los hombres, ¿cuánto tiempo no hubiésemos tenido que esperar a las diversas formas de piedad y de curación para el cuerpo? Los cristianos pueden muy bien haber emprendido muchas cosas irrazonables; pero, ¿quiénes han efectuado otras más sabias? Pueden haber dicho demasiado sobre el desprecio del mundo, pero quiénes han hecho más para hacerlo habitable? Y en otro lugar: «Si entre los más pobres han sido tocados una vez los resortes vivos de la religión, y una familia llega a temer a Dios, se realiza en el acto una transformación; los andrajos desaparecen; vuelve el ajuar; disminuye la enfermedad; las criaturas se ennoblecen; las querellas desaparecen; las épocas malas son sobrellevadas mejor que antes, y el pesar, que antes era sombrío e intratable, está lleno de esperanza y de confianza.»

«Hasta los más pobres de entre los pobres — dice Wordsworth—, han sido ellos mismos los padres y los interventores de algún pequeño beneficio.» Un zapatero de viejo creó las escuelas de pobres de Portsmouth. El doctor Guthrie dijo de él: «Juan Pounds es una honra para la humanidad, y merece el más grande monumento que nunca se haya erigido en las costas de la Gran Bretaña.» Un impresor de Gloucester fundó las escuelas dominicales inglesas, y merece un monumento más alto aún que el de Juan Pounds. Un zapatero de Newcastle comenzó las misiones en la India. Una joven empleada en los talleres inició la Sociedad Religiosa de Muchachos Fundidores, de Glasgow.

Los pobres conocen mucho mejor que los ricos lo que necesitan las personas pobres. Las grandes ciudades no pueden mostrar nada tan aflictivo como sus niños viejos, con sus sagaces caras ansiosas y sus cejas contraídas, en las que se halla la penosa inquietud. El hogar del pobre no es a menudo un hogar. El pobre y el rico viven separados y aparte. Hay por medio muchas barreras que impiden su comunicación social. Los pobres no tienen sociedad alguna más allá de su propia clase. No tienen medio de evitar el trato con los rústicos y los que no tienen educación. Los hijos de los hombres pobres sólo existen como

otros tantos rivales por el alimento con sus padres; se les obliga a entrar prematuramente en las rudas realidades de la vida. Para las clases superiores son los pobres como los habitantes de un país inexplorado.

El pobre es tan sólo quien real y verdaderamente siente por el pobre. Sólo ellos conocen los sufrimientos de cada uno de ellos; solamente ellos conocen la necesidad de simpatía y de bondad de cada uno de ellos. Las gentes podrán decir lo que quieran de la caridad de los ricos, pero es nada comparada con la caridad de los pobres. En periodos de privación, de enfermedad, de inclemencia y de aflicción, son los pobres los consoladores y auxiliares entre sí mismos hasta un extremo tal, que no pueden imaginarlo en los círculos más favorecidos. Satisfechos con trabajar penosamente por un sueldo mezquino, de día en día, y de año en año, tienen a pesar de ello algo que dar cuando un hermano se encuentra necesitado o en un apuro. Ni falta nunca una mano amiga que arregle la almohada, y haga todos aquellos servicios de amabilidad que hacen más tolerables la enfermedad y el sufrimiento. A este propósito son las mujeres de las clases pobres, sobre todo, desinteresadas e incansables. Hacen sacrificios, y corren peligros, y sufren privaciones, y practican la paciencia y la bondad en un grado tal que el mundo jamás conoce, y que apenas lo creería si lo supiese.

Mucho se ha hablado recientemente sobre Roberto Raikes, así es que lo que digamos respecto de él será muy breve. Las escuelas dominicales habían existido antes que él. Ya hemos mencionado la escuela de Carlos Borromeo, que existió desde hace más de cuatrocientos años. Existían escuelas dominicales en Inglaterra en una época muy posterior. Fué Guillermo King, fabricante de cardenchas para lana, en Dursley, el que primero dió la idea a Raikes. Había establecido una escuela dominical en Dursley, la que fracasó por falta de cooperación, aunque él jamás perdió la fe en su plan. Estando un domingo en Glóucester, fué a visitar a Raikes, y se fueron a pasear cerca de la isla, una de las partes más bajas de la ciudad. Allí se hallaban ocupados en sus juegos los muchachos andrajosos. «¿Qué lástima — dijo King — que el domingo sea profanado así!» «Pero, ¿cómo se le puede cambiar?» preguntó Raikes. «Señor, abrid una escuela dominical como yo lo he hecho en Dursley con el auxilio de un leal jornalero; pero la multitud de negocios me impiden dedicar tanto tiempo a ello como desearía, pues siento la necesidad del descanso.»

Visitó Raikes la prisión de Glóucester. Allí vió a un joven sentenciado a muerte por robo nocturno con fractura de puertas. «Jamás había recibido la menor instrucción—dice Raikes—

Nunca había elevado una oración a su Creador. Conocía el nombre de Dios sólo como una palabra de que se servía para jurar. Estaba desprovisto en absoluto de ideas sobre el estado futuro.» En el ánimo de Raikes causó esta entrevista una gran impresión. Muy pocos niños recibían educación en los suburbios de la ciudad. Apenas podían hacer algo, se les ponía al trabajo, y en los momentos desocupados, en los cuales el domingo era el principal, se dejaba a los niños sin ninguna sujeción.

Abrió entonces una escuela dominical. Tenía simpatía por la infancia, y se captó el amor de los pequeños perdularios, como les llamaba cariñosamente. Decidió enseñarles a leer y aprender el catecismo cristiano, e inculcar el orden en los pequeños paganos. En 1783 alquiló cuatro escuelas, y convino en dar un chelín a cada uno de los maestros de los niños abandonados. El cura de la parroquia fué invitado asimismo para que visitara las escuelas los domingos por la tarde, y que examinara el progreso que hacían los discípulos. Las escuelas de Raikes disponían del más valioso elemento de enseñanza; verdadero amor a los niños por parte de los maestros. Sus corazones fueron animados por el amor de aquellos que los ejercitaban.

Después de los treinta años, próximamente, del establecimiento de las primeras escuelas de Raikes, fué a visitarle un joven cuáquero llamado José Láncaster, a cuyos enérgicos esfuerzos se debió la formación de la sociedad conocida más tarde por «Sociedad escolar británica y extranjera», para dar semanalmente instrucción a los hijos de los pobres. Por este tiempo tenía setenta y dos años de edad el fundador de las escuelas dominicales, y ya no podía hacer trabajo activo, pero siempre tomaba un vivo interés en su animadísima institución. Muchas fueron las preguntas de Láncaster con respecto del origen de las escuelas dominicales; y se ha conservado un relato muy interesante de una de las contestaciones de Raikes.

Apoyándose sobre el brazo de su visitante, le condujo el anciano por las calles de Glóucester hasta el sitio, en una calle trasera, donde se estableció la primera escuela. «Deteneos aquí» dijo el anciano. Después, descubriéndose y cerrando los ojos, estuvo por un instante en silenciosa plegaria. En seguida dió vuelta hacia su amigo, mientras que las lágrimas le corrían por las mejillas, y dijo: «Este es el lugar en que yo me hallaba parado cuando vi el desamparo de los niños y la profanación que del domingo hacían los habitantes de esta ciudad. Cuando pregunté: «¿No se podrá hacer algo?», contestó una voz: «Prueba.» Yo probé, y ved lo que Dios ha llevado a cabo. Nunca puedo pasar por este sitio, donde la palabra «prueba» llegó tan poderosamente a mi ánimo, sin levantar mis manos y el corazón hacia el

cielo en muestra de agradecimiento a Dios, por haber puesto en mi pensamiento en mi corazón.»

Sabiendo que Raikes era un constante visitador durante muchos años, así de las cárceles de la ciudad como del campo, y que tenía muchas oportunidades para informarse de si alguno de los tres mil niños cuya educación había vigilado había tenido entrada en dichas cárceles, le preguntó directamente Lancaster si eso se había realizado. Recurriendo a su memoria, que era vigorosa y sana a pesar de su edad avanzada, respondió Raikes resueltamente: «¡No!» (1).

María Ana Clough, la joven empleada en los talleres de Glasgow, ocupaba una posición mucho más humilde en la sociedad que Roberto Raikes. Era una simple obrera, en tanto que él era redactor de un periódico. Pero encontró la oportunidad como cualquiera puede hacerlo, de ayudar a cuidar las heridas de la humanidad. No fué la «cultura» lo que la inspiró, sino la tierna simpatía femenina. Trabajaba con sus manos para ganarse el sustento diario; pero el amor, el gran educador, la llevó a un campo más elevado de labor. Cuando terminaba su quehacer diario era cuando daba comienzo a su tarea de amor. Había visto una cantidad de pobres niños empleados en las fundiciones, en quienes parecía que nadie se ocupaba. Estaban completamente descuidados, y desde temprana edad eran iniciados en las lecciones del vicio. La joven tuvo compasión de ellos. «Voy a intentar—se dijo ella—a ver si los puedo traer hacia Dios y que hagan lo que es bueno.»

Apenas hubo formado esta resolución, se esforzó en ponerla en práctica. Pidió y obtuvo una habitación debajo del taller en que trabajaba. La abrió un domingo en junio de 1862. En breve reunió en torno suyo un número de muchachos de las fundiciones, con ropas andrajosas y caras sucias, que venían de las callejuelas traseras donde acostumbraban pasar su tiempo fumando en groseras conversaciones. Les enseñó a deletrear, a leer, a ser aseados, buenos y religiosos. Amaba a estos muchachos pobres, descarriados y abandonados. Les auxiliaba eficazmente en sus necesidades.

Mas no se limitaban a los domingos sus esfuerzos para beneficiar y salvar a esos muchachos. Ocupaba todas sus horas libres de la semana. Esta noble joven, apenas concluía el trabajo diario, buscaba los hogares de los muchachos, si hogares se les podía llamar. A todos los conocía, sabía su triste historia, sus contingencias y penalidades; y, merced a sus principios cristianos y a sus modales atractivos y excesiva benevolencia, adquirió se-

(1) Roberto Raikes, periodista filántropo, por ALFREDO GREGORY, 1877.

bre ellos una influencia que fué productora de los más felices resultados.

En realidad, se distinguían tanto de los otros de la misma clase y oficio, por su laboriosidad superior, su buena conducta y su abstención del uso de malas palabras, que la frase «los niños de María Ana» llegó a constituir un proverbio en las fundiciones.

«¡Cáusale a uno pena—dice el doctor Guthrie—, cuando se piensa que hay tantos cristianos, con diez veces más tiempo, más dinero, más educación, más influencia, que no han hecho ni la décima parte del bien que ha llevado a cabo esta joven! Si alguien hubiera podido dar con justicia la excusa: «¿Soy acaso el cuidador de mi hermano?» lo era quien encontraba difícil ponerse a cuidarse a sí misma, quien, levantándose todas las mañanas al sonido de la campana del taller y yendo presurosa por las obscuras y silenciosas calles, ya había hecho horas de trabajo antes que la mitad del mundo llegara a despertarse... Y muchas noches salía en su misión de misericordia, para buscar a los extraviados y levantar a los caídos y curar con sus propias manos las heridas de la humanidad.»

Por espacio de unos tres años continuó María Ana Clough sus nobles tareas, cuando al fin se vió obligada a entregarlas a otras manos, a causa de su salud decayente. Mas la semilla sembrada por ella había echado raíces, y maduró en una cosecha benéfica. En 1865 se formó la Sociedad Religiosa de Muchachos de Fundiciones, en Glasgow. En seis años reunió una lista de 14,000 muchachos y niñas dirigidos por una plana mayor de unos 1,500 monitores y más de 200 señores. Más de 300 caballeros han dado conferencias a los niños de diversas partes de la ciudad. Todo se ha hecho en favor de su elevación social.

Su sociedad formaba un lazo de unión entre la escuela dominical y la Iglesia. La educación religiosa y la seglar se daban libremente. La templanza constituía la nota fundamental de la institución. Se establecieron Bancos de peniques y Cajas de Ahorros. Probaron ser otra fuente de poder las sociedades corales y las bandas de música. Todos los sábados por la noche celebrábase reuniones musicales. Se hacía todo aquello que pudiera retraer a la juventud del abandono, la ignorancia y perversidad de la vida de la ciudad. Exceptuando los maestros superiores seculares, son voluntarios todos aquellos que trabajan por la institución; su trabajo es hecho por amor.

En el verano hacen sus días de fiesta en el campo los muchachos y las niñas con sus directores. Por lo general van al Parque Literary, perteneciente al duque de Argyll, quien es Presidente honorario de la Sociedad. En una de esas ocasiones, fué cuando

conocimos el noble trabajo realizado por dicha institución. A pesar de conservar aún el nombre de la Sociedad de Muchachos de Fundiciones, ha sido ampliado el círculo de su acción, hasta que ha llegado a ser una sociedad para toda clase de muchachos y niñas trabajadores. El bien que ya ha hecho es indecible. ¡Ojalá que todas las ciudades tuvieran una institución semejante! Hasta el presente tan sólo ha sido imitada en Escocia, en Greenock, Edimburgo, Dundee y Aberdeen. ¿Qué hacen Mánchester, Leeds, Bladford y las ciudades manufactureras tan pobladas del Norte de Inglaterra? Semejantes instituciones, establecidas en esos lugares, serían de inmensas utilidad y provecho.

## CAPÍTULO XI

## LA FILANTROPÍA

Sis amicus Dei, fide, spe, et opere.

MICHAEL SCOTT (1).

Sweet mercy is nobility's true badge.

SHAKESPEARE (2).

O brother, fainting on your road!  
Poor sister, whom the righteous shun,  
There comes for you, ere life and strength be gone,  
An arm to bear your load.—*The Ode of Live* (3)

Many groans arise from dying men, which we hear not. Many cries are uttered by widows and fatherless children, which reach not our ears. Many cheeks are wet with tears, and faces sad with unutterable grief, which we see not. Cruel tyranny is encouraged. The hands of robbers are strengthened, and thousands are kept in helpless slavery, who never injured us.—JOHN WOOLMAN (*Quaker*), 1775 (4).

Los hombres tardan en abandonar su fe en la fuerza física, como imprescindible para la dirección, la corrección y la disciplina de los demás. La fuerza es una cosa muy evidente y excusa toda investigación sobre las causas y los efectos. Es el camino más breve para arreglar los asuntos sin consideración ninguna por los argumentos. Es la lógica sumaria de los bárbaros, entre quienes el mejor hombre es aquel que pega más fuerte o tiene mejor puntería.

Hasta las naciones civilizadas han sido tardas en extremo para abandonar su fe en la fuerza. Aun en estos últimos tiempos lanzaban querellas por medio del duelo los hombres de honor que habían tenido diferencias entre sí; y los gobiernos, casi sin excepción ninguna, acuden a las armas para arreglar sus disputas sobre territorios o convenios intelectuales. A la verdad,

(1) Sé amigo de Dios, ten fe y esperanza, y obra.—MIGUEL SCOTT.

(2) La dulce misericordia constituye el verdadero emblema de la nobleza.—SHAKESPEARE.

(3) ¡Oh hermano, que desfaldecéis en vuestro camino! Desventurada hermana, de quien los justos huyen, ahí vendrá para vosotros, antes que la vida y las fuerzas os abandonen, un brazo que llevará vuestra carga.—*La Oda de la Vida*.

(4) Muchas quejas emanan de hombres que mueren, y que nosotros no oímos. Muchos llantos son lanzados por las viudas y los huérfanos, que no llegan a nuestros oídos. Muchas mejillas se hallan humedecidas por las lágrimas, y muchas caras llenas de tristeza por un pesar inexpresado, que nosotros no vemos. La cruel tiranía es alentada. Las cuevas de ladrones son protegidas y a millares se les mantiene en irremediable esclavitud aunque nunca nos hicieron daño alguno.—JUAN WOOLMAN (cuáquero).